



Carlos Osoro Sierra  
Arzobispo de Oviedo

## Catequesis sobre los Misterios Luminosos del Santo Rosario Primer misterio: El bautismo del Señor en el Jordán

*Santa Cueva de Covadonga, 2 de enero de 2003*

Este misterio del Santo Rosario nos invita a contemplar, en el bautismo de Jesús en el Jordán, nuestro propio Bautismo. ¿Qué ha sucedido en nosotros los bautizados? Contemplemos por un instante cómo Jesús comienza su vida pública después de hacerse bautizar por San Juan Bautista en el Jordán, y cómo después de su Resurrección confiere esta misión a los apóstoles. Recordemos aquellas palabras del Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28, 19-20). El bautismo de Jesús nos recuerda que aquél Espíritu, que en el inicio de la creación se cernía sobre las aguas, ahora desciende sobre Cristo como preludio de una nueva creación.

Escucha un instante: “Bautizado Jesús, salió del agua y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3 16-17). ¿Qué quiero decir, cuando afirmo que en el bautismo del Señor se nos recuerda nuestro propio Bautismo?. Simplemente que por el Bautismo Cristo nos regala su Vida. Sí, su Vida en nosotros. Nuestra existencia es invadida por la vida misma de Dios. Por el Bautismo hemos sido liberados del pecado, llegamos a ser miembros de Cristo, somos incorporados a la Iglesia y participamos de su misión. Con Cristo, en Cristo y por Cristo ha comenzado una nueva creación. ¿Nos damos cuenta de lo que supone esto? ¿Somos conscientes de la trascendencia que esto tiene hasta para la construcción de la historia de este mundo? No es igual vivir con la “vida” plena que Dios mismo nos da, que vivir desde nosotros y por nuestra cuenta. Por el Bautismo somos hombres y mujeres nuevos. Cristo en la Pascua abrió a todos los hombres las fuentes del Bautismo. Habiendo recibido al Verbo en el Bautismo, la luz verdadera que ilumina a todo hombre, los que hemos sido bautizados, tras haber sido iluminados, nos convertimos en hijos de la luz, en luz.

¿Qué sucedió el día que recibimos el Bautismo? Aconteció algo extraordinario para cuya explicación no existen palabras, pues entró en nuestra existencia la vida misma de Dios; se nos dio el ser partícipes de la naturaleza divina. La santidad de Dios nos llenó y cambió: somos criaturas nuevas, hemos sido incorporados a la Iglesia, todos los cristianos estamos unidos por un vínculo que es el de Dios mismo y formamos un mismo Cuerpo; hemos sido configurados por Cristo, somos miembros vivos de su Pueblo y tenemos que convocar a todos los hombres a la libertad de la nueva creación.

Sí, una nueva creación por la acción gratuita de Dios. ¿Qué sucedió en ti y en mí el día de nuestro Bautismo, cuando siendo niños no nos enterábamos, pero el Señor sí que se enteraba de lo que hacía en nosotros dándonos su propia vida? Sucedió que la santidad, que solamente es de Dios, se dirigió a ti y a mí, entró en nuestra vida. Se adentró de tal modo en nuestra condición humana que somos otros. No hay parecido entre lo que éramos y lo que somos, pues ahora vivimos en Cristo. Tan somos “otro” que San Pablo lo expresaba de esta manera: “Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús” (Ef 1, 1). Eres santo. San Pablo escribe a los santos, y los santos no son unos supercristianos mejores que otros, no. Son simplemente miembros de la comunidad cristiana. Esa santidad es un don. Sólo Dios es santo. El ser humano por sus propias fuerzas no puede ser santo, pero Dios puede entregarle su santidad y hacerle partícipe de ella. Así lo hizo el día de nuestro Bautismo. La llamada que hace el Señor siempre provoca un giro en el ser humano. Nos llamó— siendo pequeños— en la fe de la Iglesia. Hubo una metanoia —un cambio profundo y radical— por la cual dejamos atrás nuestra vida anterior para entrar en la vida nueva con Cristo: “¿O es que ignoráis que cuántos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo...también nosotros vivamos una vida nueva” (Rom 6, 3-4).

Déjame explicarte que la existencia que dejas tras de ti después del Bautismo y que se llamaba “vivir para sí mismo”, se convierte en existir y vivir para Cristo. Es nada más ni nada menos que cuestión de pertenencia; o te perteneces a ti mismo o a Dios. El Bautismo no es un cambio como pudiera ser una mejora ética o un suplemento de generosidad añadido a nuestro vivir. Se trata de una reestructuración radical de la existencia humana que adquiere su máxima expresión en la identidad con Cristo. Una identidad que San Pablo explica así: “Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef 5, 1-2).

Que el Señor nos haga vivir conscientes de la vida que nos entregó en el Bautismo y por tanto siendo santos con la santidad de Dios.

Santina de Covadonga, ruega por nosotros. Amén.

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo

---